

Dogma

Lars Iyer

Traducción de
José Luis Amores



Editorial Pálido Fuego

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Título original: *Dogma*

Autor: Lars Iyer

Diseño y maquetación: Editorial Pálido Fuego S.L.

Diseño de la portada: Editorial Pálido Fuego S.L.

© 2011, Lars Iyer

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Editorial Pálido Fuego S.L.

C/ Charlot, 13. 29016 Málaga

www.palidofuego.com

© 2015, José Luis Amores, por la traducción

Primera edición: mayo de 2015

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-943655-2-2

Depósito legal: MA 688-2015

Impresión: Imprenta Kadmos S.C.L.

Río Ubierna Naves 5-6, Pol. Ind. El Tormes, 37003 Salamanca

www.kadmos.es

DOGMA

Nunca deberías aprender de tus errores, dice W. Él nunca lo hace, dice, por eso se relaciona conmigo. Y tampoco yo he aprendido de los míos, en todos nuestros años de colaboración. Porque yo soy incapaz de aprender.

Urbanidad, el arte de la conversación: ¿qué no ha intentado enseñarme? Pero yo apenas si he aprendido a dejarme los pantalones puestos, dice W. Yo apenas he aprendido a beberme el té a sorbos.

Incluso hoy, mientras atravesamos la enramada de tojos camino de la orilla, se siente como si sacase a un lunático el día de su puesta en libertad, dice W. Conforme enumera mis defectos por encima del ruido del rompeolas, sabe que yo ya me he olvidado de todo lo que ha dicho.

El rugido del mar es como el rugido de mi estupidez, dice W. Es un sonido terrible, aunque también magnífico. Es el sonido de la ausencia de memoria, dice. Es *el sonido de Lars*, del caos que deshace toda idea.

Mi estupidez: eso es lo que le salva, dice W. Dónde estaría él si no fuera por mi estupidez. No habría aprendido la lección fundamental, dice W. No habría aprendido que las grandes empresas del pensamiento deben comenzar por una especie de *no-pensamiento*, que el logro —el logro real— sólo es posible una vez transitado el más abyecto de los fracasos.

¿Qué habría sido Sócrates sin saber que no sabía nada?
¿Qué habría sido Nicolás de Cusa sin su *ignorancia aprendida*?

¿No es por eso por lo que me mantiene cerca?, dice W. ¿No es por eso por lo que se negó a aprender de su mayor error?

W. no tiene un gran amor por la naturaleza, dice mientras caminamos. La sublimidad de la naturaleza, los picos de las montañas, el océano embravecido: ninguna de esas cosas significan nada para él. Él es un hombre de ciudad, dice W. Y si hoy estamos fuera de la ciudad —*apolis*, como dirían los griegos— no es más que para volver a ella revitalizados, tras coger el autobús de regreso de Cawsand a Plymouth.

Su ciudad, dice W. Pero no por mucho más tiempo. ¿A causa de qué sino cruel se verá obligado a marcharse? ¿Qué motivo lo *expulsará*? Sabe que llegará el momento. Siempre lo ha sabido, lo cual ha hecho que su relación con la ciudad sea mucho más intensa. Él siempre ha sabido que la ciudad se le *escurrirá entre los dedos*.

De todos modos, se alegra de estar hoy fuera de la universidad, dice W., a medida que el sendero se interna en Cawsand. Se alegra de haber huido del norte. Hay rumores en los pasillos, dice. Hay murmullos en el campus. Ceses forzosos... la reestructuración de la institución... el cierre de departamentos enteros, asignaturas enteras... Es un poco como en la antigua Roma, antes de que apuñalaran de muerte a César, dice W.

Naturalmente, si pierde su empleo tendrá que marcharse, dice W. Tendrá que echarse a la carretera. Porque aquí, en Plymouth, no hay trabajo, dice.

¿Y no será igual en mi caso? ¿No acabaré yo siendo expulsado de mi ciudad? «No te creas a salvo», dice W. «No pienses que vas a pasarte la vida en los pubs de Newcastle.»

«Vienen a por nosotros», dice W. ¿Quién? ¿Quién viene?, le pregunto. No está seguro. Pero, en algún sitio remoto, nuestro destino ya ha sido decidido.

El fin se acerca, dice W., no le cabe ninguna duda. ¿Nuestro fin o el del mundo? «¡Ambos!», dice W. El uno es inseparable del otro. ¿Es que no lo veo como él? ¿Es él el único capaz de ver las señales?

Las ve incluso ahora, en este día soleado en Cawsand. Las ve en nuestras cervezas rubias, dice W. En el perro que suelta una piedra a mis pies para que juegue con él. En la estrechez de la casa de tres plantas de enfrente. En el nombre del pub donde estamos bebiendo: *El Sol Naciente*. ¿Y en mí también? «Sobre todo en ti», dice W.

Pero ¿qué sol se eleva por encima de nosotros?, pregunta W. mientras apura su segunda pinta. Un sol negro, dice. Un sol de cenizas y oscuridad. Tiene la imagen en la cabeza: el hombre y el niño de *La carretera*, empujando un carrito de la compra por una autopista vacía. Sólo que, en nuestro caso, serán dos hombres que riñen por su turno de ir montados en el carro. Dos hombres con cenizas en el pelo, exiliados de sus ciudades y de todas las ciudades.

En la parada de autobús, W. me habla de sus proyectos intelectuales del momento. Éstos pueden resumirse bajo el título general de *capitalismo y religión*, dice. El «y» está pensado para provocar, dice W. Quiere provocar a los *nuevos ateos*, dice W. No hay nada más exasperante que los *nuevos ateos*.

Naturalmente, por religión, W. se refiere al judaísmo. Y por judaísmo, se refiere al judaísmo de Cohen y Rosenzweig. Ojalá los nuevos ateos supieran leer a Rosenzweig y Cohen, dice W. Ojalá *él* supiera leer, leer de verdad, a Rosenzweig y Cohen, dice.

¿Y por capitalismo? Nuestro mundo, dice W. La totalidad de nuestras vidas... ¿No ha entrado el capitalismo en una nueva fase?, dice W. ¿No ha entrado en cada partícula, elemento y momento de nuestras vidas?

Capitalismo y religión... Que le gustaría conocer mi opinión como hindú, dice W., mientras llega el autobús. ¿Qué pensará un hindú de todo esto?, se pregunta. Sin embargo él sabe que yo no tengo respuesta.

Mi hinduismo carece de *solidez*, dice W. Él es incapaz de creérselo, no de verdad. «Convénceme», dice. «Convénceme de que eres hindú. ¿En qué consiste tu hinduismo?»

Él sabe que vengo de una larga estirpe de hindúes, dice W. ¡Generaciones de sacerdotes brahmanes, celebrantes de ritos y ceremonias! Generaciones de descendientes de los grandes sabios, llenas de conocimiento sagrado, educadas en la lectura de las sagradas escrituras.

Pero ¿qué sé yo en realidad del hinduismo?, se pregunta W. Si trazara un diagrama de Venn con un conjunto que representase al *hinduismo* y otro a *Lars*, ¿dónde interesarían?

Sin embargo el *capitalismo* es otra cosa, dice W. mientras buscamos asiento. De éste podría saber yo algo. ¿No entré yo en contacto con la *esencia del capitalismo* durante mis largos períodos de trabajo de almacén y desempleo? ¿No aprendí de qué iba aquél en realidad, mientras grapaba imágenes chabacanas de dioses hindúes en las paredes de mi cubículo laboral?

W. ha sentido siempre asombro ante mis *años en el mundo*, como él los llama. «¿Cómo sobreviviste en él?» Apenas sobreviví, como es natural, dice W. Casi no sobreviví... Pero eso hace mi experiencia aun más valiosa, dice W.

Capitalismo y religión, dice W. O, en mi caso, *capitalismo fallido* y *religión fallida*. De algún modo, yo soy la clave de su proyecto, dice W. De algún modo, yo soy la clave de la cópula, aunque no está seguro de cómo.

En Whitsand, el autobús se detiene para permitir que suban unos de los famosos *polacos de Plymouth*. Los hay a cientos trabajando en bares y cafés, dice W. ¡Miles de polacos de rostros resplandecientes! Ellos han traído refinamiento a esta ciudad, dice. Elegancia y refinamiento.

W. cavila acerca de la atribulada historia de Polonia; sobre el hecho de que, a lo largo de los siglos, las fronteras del país se hayan desplazado hacia afuera y hacia dentro como un acordeón, acompañando a la música melancólica de la guerra, el genocidio y la ocupación, el gran lamento de la Vieja Europa. Él todavía la oye, dice W. Resuena a través de su sangre. ¿No llegó la familia de su padre a Inglaterra, hace generaciones, debido a los antiguos pogromos europeos? ¿No es W., también, un inmigrante polaco?

Mientras estiramos las piernas en el ferry a Davenport, recordamos a la camarera polaca que nos atendió en el café

favorito de W. ¡Qué amable era! ¡Qué *generosa*! Poseía todo aquello de lo que carecemos nosotros, dice. Una inteligencia discreta... Sensatez... Desenvoltura... W. dice que yo estaba conmovido, él fue testigo de ello. Me sonrojé. Balbuceaba.

Debería buscarme una polaca de Plymouth, dice W. Ese podría ser mi camino hacia la salvación. Aunque hasta a una polaca de Plymouth habría que cortejarla, dice W.

A las mujeres hay que *cortejarlas*, dice W. No puedes meterme directamente en la cama con ellas. Él cortejó a Sal durante ocho meses, dice. Él la atiborraba de ginebra, y ella le grababa cedés a él. Aquella fue la mejor época, dice W. La incerteza. La embriaguez. Se emborrachaban seis de cada siete noches.

Pero ¿qué voy a saber yo de todo eso? En mí no hay sensibilidad, dice W. Lujuria, sí. Una especie de ansia animal. Espumarajos y babas en los labios. Yo soy como uno de esos monos del zoo con el culo inflamado, ¿cómo se llaman? Ah, sí, *mandriles*. Yo soy el mandril del romance, dice W.